



John Marenbon, *Pagans and Philosophers. The Problem of Paganism from Augustine to Leibniz*, Princeton University Press, New Jersey, 2015. 354 páginas. ISBN: 9780691142555.

John Marenbon es miembro de la British Academy, investigador en el Trinity College de la Universidad de Cambridge y profesor honorario de Filosofía Medieval en la Universidad de Pekín. Sus mayores aportaciones las ha llevado a cabo en el campo de la filosofía medieval, tratando de abarcar distintas tradiciones de pensamiento como son la grecolatina, cristiana, islámica y judía. Es, junto a Wu Tianyue, profesor en la Universidad de Pekín, uno de los dos promotores del proyecto “Immateriality, Thinking and the Self in the Philosophy of the Long Middle Ages”, dedicado a la investigación en torno a la forma en la que los filósofos de la “Larga Edad Media” concebían realidades inmateriales tales como el alma humana. Entre sus publicaciones más importantes podemos encontrar *Medieval Philosophy: An Historical and Philosophical Introduction* (2006), *The Hellenistic Schools and Thinking about Pagan Philosophy in the Middle Ages* (2012) o *Continuity and Innovation in Medieval and Modern Philosophy* (2013).

El tema principal de la obra, como así queda reflejado en la “Introducción”, es el problema del paganismo, que no se refiere a la mera interacción entre cristianos y paganos sino a cómo los primeros creían o entendían que eran aquellos que no compartían su religión. A este respecto resulta esencial aclarar qué se entiende por pagano, a saber, todo aquel que no profesa la misma fe que judíos, musulmanes o cristianos (p. 4).

El estudio de lo que Marenbon ha llamado “Larga Edad Media” (p. 5)<sup>1</sup> tiene un papel fundamental en la obra presente. En este sentido lo que el autor pretende es argumentar cómo los quince siglos que se desarrollan entre el año 200 y el 1700, generalmente divididos entre Antigüedad tardía, Edad Media, Renacimiento e inicio de la Edad Moderna, vienen a conformarse como una unidad temporal coherente, al menos en lo concerniente a la filosofía. A este respecto, la noción de paganismo se presenta como una herramienta útil para entender la unidad conceptual de dicho periodo, ya que filósofos y teólogos de diferentes áreas geográficas, separados en muchos casos por lapsos temporales de cerca de una decena de siglos, son coherentes entre sí en sus contribuciones en torno al concepto apuntado. Debido a la gran extensión del tema abordado por el autor, la última parte de la obra, es decir, el periodo comprendido entre los años 1400 y 1700, fue acortada y resumida por razones editoriales. A pesar de ello, se consideró necesario tener en cuenta dicho fragmento temporal al formar parte del mismo periodo histórico que lo acontecido desde el año 200, como así se argumenta a lo largo de la obra.

<sup>1</sup> “Long Middle Ages”.

Es necesario remarcar que, debido a la necesidad de un conocimiento básico de la fe cristiana con el objeto de comprender ciertos fragmentos del texto, se puede encontrar, en la última parte de la “Introducción”, un breve repaso por ciertos conceptos como “encarnación”, “redención” o “purgatorio”. A pesar de ello, la obra cuenta con innumerables referencias a la terminología, los acontecimientos, las prácticas y los personajes históricos íntimamente ligados al desarrollo del cristianismo, de tal modo que, incluso para alguien propio de esta tradición cultural, puede llegar a ser complicado seguir el hilo argumental en algunos casos. Esta es por tanto una prueba fehaciente del amplísimo conocimiento del autor en torno a la materia tratada. En cualquier caso, la obra puede convertirse para el lector en un medio a través del cual sumergirse en la Europa de la Cristiandad y acceder a cuestiones en torno a las cuales de otra forma no mostraría interés, como puede ser la condena de doscientas diecinueve tesis filosóficas de influencia aristotélica llevada a cabo por Étienne Tempier (1210-1279), obispo de París, el 7 de marzo de 1277 (p. 149).

La obra se divide en tres partes, a lo largo de las cuales se van sucediendo catorce capítulos. Mientras algunos de estos están dedicados al desarrollo contextual y vienen a explicar circunstancias históricas, religiosas o políticas, otros se centran en analizar la perspectiva de teóricos importantes para la construcción del discurso en torno al pagano. En este sentido, la obra combina oportunamente un estudio histórico de los principales acontecimientos y tendencias en la Europa medieval con una adecuada y minuciosa lectura filosófica de cada uno de los autores a tener en cuenta. Una de las materias que dicho desarrollo histórico debía atender es la propagación del cristianismo por toda Europa. Como el autor recuerda, no fue un proceso uniforme y unilineal sino más bien una acometida plagada de avances y retrocesos que se prolongaron hasta 1386, año en el cual se puede dar por finalizada con la adopción por parte de Lituania de la Iglesia Católica (p. 67).

Con el propósito de abordar sistemáticamente la cuestión de la cristianización de Europa, el autor la divide en tres fases: la adopción del cristianismo por parte de los pueblos que conquistaron y se asentaron en los dominios del extinto Imperio Romano, la conversión de los pueblos anglosajones y centroeuropeos y la cristianización de la Europa del norte y del este. De estas tres fases, aquella de la cual se obtuvieron más textos referentes al problema del paganismo fue la tercera, lo cual resulta comprensible si atendemos a que, según Marenbon, el siguiente autor en tratar dicha materia tras Agustín de Hipona (354-430) y Boecio (480-524) fue Pierre Abélard (1079-1142).

El problema del paganismo se divide en tres aspectos fundamentales como son la sabiduría, la virtud y la salvación de los no creyentes. En torno a estos tres aspectos se desarrolla la elaboración de cada uno de los filósofos que intervienen en la cuestión. De ese modo, mientras unos consideraron que los paganos contaban con falsas virtudes, como es el caso de Agustín de Hipona (p. 39), otros como Abélard sostuvieron que los precristianos provenientes de la antigüedad griega y romana, en tanto que virtuosos, podrían haber sido partícipes del reino celestial (p. 73).

Saliendo del predominio de autores provenientes de la teología y la curia cristiana podemos encontrar la figura del siempre cautivador Dante Alighieri (1265-1321), quien se apartó de la corriente mayoritaria de los escritores anteriores al promover la idea de que las virtudes de los paganos eran verdaderas, a pesar de que estos pudiesen acabar finalmente en el infierno. Frente a esta posibilidad, Dante sostenía

que dichos virtuosos paganos tenían su lugar, en realidad, en el Limbo (p. 208), aquel lugar intermedio entre la salvación y la condena eterna. La posición de Dante respecto a los paganos, analizada en el décimo capítulo, no acaba con su condición de cristiano, o al menos no da señas explícitas de ello, pero está relacionada con su respeto y admiración por la antigüedad clásica, lo cual se muestra en todo su esplendor en la figura que traza de Virgilio en su magnífica obra *Divina comedia*.

La tercera parte de la obra plantea lo que supuso el problema del paganismo en el contacto de los conquistadores y colonos españoles en el Nuevo Mundo. Para ello, hace referencia al fraile dominico Bartolomé de las Casas (1474-1566), uno de los primeros autores que se trasladó a América para conocer la realidad de cuanto allí acontecía. Su intervención en favor de los indios ante las crueldades que se ejercían sobre estos fue fundamental para intentar sensibilizar a las autoridades al otro lado del Atlántico. Marenbon también tiene en cuenta la disputa que se produjo entre Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573) y Francisco de Vitoria (1483-1546) en torno a si los indígenas americanos eran siervos naturales o dueños legítimos de sus tierras (pp. 250-251).

Poco antes de la llegada de los españoles a América se produjeron una serie de expediciones a China por parte de los europeos. Marenbon presenta a Matteo Ricci (1552-1610), misionero jesuita de origen italiano, figura pionera en el acercamiento a la cultura china. Fue precisamente la inspiración de Ricci lo que despertó un mayor interés en dicha zona geográfica, el cual tomaría forma más tarde por medio de otros ilustres personajes como Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), matemático y filósofo alemán y uno de los primeros europeos en interesarse por el conocimiento proveniente de Oriente (pp. 301-303).

Una de las conclusiones que merece ser subrayada es aquella que sostiene, contrariamente a lo que se suele considerar, el retroceso en lo relativo a la tolerancia y la comprensión con la que se percibía al pagano a partir del Renacimiento respecto a tiempos atrás. En este sentido es necesario advertir cómo, mientras que Abélard en el siglo doce fue capaz de vislumbrar las virtudes del pagano, la posición de, entre otros muchos grupos, los protestantes, se caracterizó en el siglo diecisiete por una mayor presión e incomprensión sobre el no creyente (p. 304).

Por último, el autor considera que lo aportado por él debiera de ser considerado como producto de una “síntesis histórica” (p. 305). Esta se caracteriza por realizar un recorrido temporal en torno a una cuestión que, como es el caso del paganismo, aunque no se presenta en la actualidad, tiene conexiones con problemáticas del presente en torno a las cuales puede arrojar luz, como pueden ser el relativismo, las diferencias de religión, el ateísmo o los límites de la tolerancia. En cualquier caso si, como parece afirmar el autor finalmente, la obra nos permite reflexionar sobre estas categorías, sería necesario dedicar a esta labor próximos escritos. En este sentido podría ser adecuado llevar a cabo una reflexión global en torno al concepto de paganismo en sí mismo con el propósito de plantearse interrogantes tales como qué supone el identificar o definir al otro por medio de la negación que le sitúa fuera de la comunidad religiosa imperante. A este respecto cabe señalar que, aunque en la obra se van sucediendo divergencias entre los distintos filósofos y teólogos que abordan la cuestión, lo cierto es que todos ellos provienen de una misma tradición cultural. Como comentábamos al inicio, la obra se centra en hacer un recorrido en torno a cómo los cristianos han percibido a los paganos. Aun teniendo en cuenta esto último, pareciera que el papel del pagano ha sido reducido a un mero “objeto

de estudio” con el cual se experimenta mientras se le observa desde el otro lado del cristal, de modo que su perspectiva se torna irrelevante.

Miguel Fernández de la Peña  
Universitat de Barcelona (España)  
miguelmixel@hotmail.com